

**CUERPOS DE
FADO Y LUNA**

Teresa Salcedo Aizcorbes

**CUERPOS DE
FADO Y LUNA**

**ESDR JULIA**
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, octubre 2025

©Teresa Salcedo Aizcorbes, 2025

© Esdrújula Ediciones, 2025

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Daniela Carretero

Maquetación: Noelia Cortés

Impresión: Centro Gráfico

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1349-2025

ISBN: 979-13-991064-0-4

Impreso en España · Printed in Spain

A la tribu de mujeres de las que estoy hecha
y sin las que no habría llegado hasta aquí.

Cuerpos de fado y luna

«Tal vez el sentido de la vida para una mujer consiste únicamente en ser descubierta así, mirada de manera que ella misma se sienta irradiante de luz».

CARMEN LAFORET, *Nada*.

PRÓLOGO

Cuerpos de fado y luna se gestó a partir de una necesidad personal de Teresa, nuestra Maite maitea y de una saga familiar que fue esparciendo susurros secretos, ecos en sordina y oscuridades de luna nueva que ella, gracias a una labor ingente de documentación, ha ido prendiendo de luces. Atenta a lo que se dijo, se silenció, archivos, fotografías, anécdotas y alguna que otra fantasía, ha conseguido desarrollar una narrativa sincera, cuidada y extremadamente respetuosa. Los cuerpos engarzan la anatomía metafórica y sentimental profundamente humana que abrió la puerta a cada capítulo con versos evocadores que le salen de dentro.

Teresa tiene alma de poetisa, como demostró en su poemario *En sus dedos, el mar o en los escritos del blog A orillas del Rhin*. También posee la lucidez de una novelista que planifica, va pariendo y articula la historia de la saga familiar que nos ofrece y de la que forma parte. Hay una plasticidad en el uso del idioma que se transforma con la inmediatez de un fogonazo y consigue que quieras seguir leyendo para ir viendo, aproximándonos a los personajes y su mundo frío: unas medias negras, unos ojos negros, una trenza negra brillando en la blancura lunar de la piel, el miedo contenido en una

alacena de pueblo, los terrores del bombardeo dentro del metro de Madrid, el olor de los garbanzos tostados, una mirada furtiva, la habitación en penumbra, la zozobra, la nostalgia, la decepción.

Con los personajes masculinos se van cerrando puertas a la felicidad para las mujeres de la historia porque si ellos atraen al lector, desde el buen amor de Eladio hasta lo que pudo haber sido y no fue de José, ellas te atrapan. Empezando por la propia autora que inicia y termina la novela en un proceso personal difícil y esperanzador pero que se aparta rápidamente porque lo que le interesa y algo de generosidad innata hay en ello, es dejar vivir a los personajes. Las que se apellidaron Aizcorbe y más tarde Aizcorbes son bellas y fuertes, afrontan con empaque de roble la vida en muchas ocasiones desde la soledad, la decepción, el coraje. Supieron, intuyeron lo que es amar. Supieron a bocajarro lo que es sufrir o renunciar porque no hubo remedio o quisieron pagar una culpa de la que no fueron culpables. Dulce, María, Teresa, Marita, Josefina, el fado portugués os convoca a un aquelarre de vida alrededor de un roble descomunal y vuestra descendiente decidió no prescindir de vosotras por merecimiento, agradecimiento y quizás, no sé, supervivencia.

Y ahora por fin somos Ubuntu.

Maite Aizcorbes Prado. Profesora de Lengua y Literatura.
Barcelona

6 DE JUNIO DE 2022

*Para saber de amor, para aprenderle,
haber estado solo es necesario...*

GIL DE BIEDMA

Hace casi un mes que no escucho la algarabía de los chiquillos, ni siento sus abrazos, ni sus risas, que me alegran la vida con sus preguntas pertinentes y sus ocurrencias divertidas. La escuela, a punto de terminar el curso, va a tener que hacerlo sin mí.

La vida es así de caprichosa, pero hace que te detengas en los momentos más inesperados. Mi compañero aún está convaleciente. Otro imprevisto. Todo duele a un ritmo vertiginoso y no elegido.

Hoy es lunes y es mi turno. Subo despacio y con pausa por la calle Recogidas hacia Plaza Nueva, como tantas y tantas veces en estos últimos años. Paso por lo que fue en su momento el convento de María egipciaca y escucho, un día más, las campanas que invitan a misa de diez. Siempre me he preguntado cómo serían los tiempos en los que vivió Mariana Pineda entre estas paredes, cuando fue detenida; qué sentiría como mujer, qué miedos o deseos albergarían su corazón antes de

ser ajusticiada con el garrote vil en 1831. Y hoy, especialmente, reparo en qué pensaría de mí y mis trayectos, qué palabras hubiéramos compartido con un café en cualquier cafetería de esta Granada de hoy.

Recorriendo la calle he llorado a cántaros; me he indignado, he soñado, he comprado regalos, me he decepcionado, he preparado canciones para cantarle fantaseando que bailábamos juntas, aunque fuera tomándola de las manos; he preparado con mimo comidas que pudiera ingerir, pese a su dificultad, he comprado bizcochuelos en López Mezquita, su pastelería preferida; he recopilado fotos de mis hermanos, sobrinos y demás familiares para que no olvide sus caras, que aunque nos vea cada domingo, últimamente, y solo a veces, nos reconoce. He cogido a la carrera taxis porque no llegaba y, como los horarios son muy estrictos, entonces no me dejarían verla...

Es curioso cómo algunas calles y lugares saben más de nosotros mismos que cualquier persona.

Hoy hay que tomar una decisión importante y voy a comunicarla a quien corresponde. ¡Y no! No ha habido unanimidad en la decisión que nos atañe a todos los que la queremos: no es fácil dejar ir.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Vengo a visitar a mi madre y, de paso, a hablar con la doctora.

—Sí, sube. Sin problema. Ahora va para allá. Si no te importa esperarla...

Un escueto «gracias» sale de mi boca y voy a su encuentro.

Recorro el camino desde el ascensor hacia el tortuoso laberinto que me conduce hasta su habitación. Un letrero enmarcado